

SEGUNDA PARTE DE "EL ÚLTIMO POETA SOBRE EL UNIVERSO"

Me desanimé con el asunto de **Alma en Pena** al siguiente día. Por primera vez le había marcado para hablar con ella personalmente; no contestó. Así que le escribí un mensaje, diciéndole que quería verla; se me olvidó poner lo referente a su poema, quizá por eso no respondió. Mejor fui a ver a Julio César para que me prestara algo de dinero. Mi primo, vive en la casa contigua a la mía; su mamá, mi Tía Agripina, me acepta en sus dominios con cierta reticencia, con una geta de pocos amigos. Dice que no cambiará su actitud hasta que abandone el vicio de la poesía y de veras me ponga a trabajar. Para ahorrarme sus prédicas mareadoras, mejor me salto la barda en la azotea y sin problemas ingreso al enorme cuarto que Julio César comparte con su perrito Simón y una que otra ocasional visita femenina. Ahí estaba el flojonazo; dormidote en su cama, a su lado un bulto respiraba mansamente, una pierna de mujer manaba de entre las sabanas floreadas. Me valió y lo agité con apresuramiento. Le pedí dinero. Uy, primo, esta vez no voy a poder, qué no ves que la tuve que subir de contrabando porque no nos alcanzó para el hotel, me dijo dirigiendo su mentón hacía la chica que dormía placidamente a lado suyo. ¿Y ella quién es?, pregunté. ¿Te acuerdas de la chavita con la que busqué tu sitio por Internet? Asentí. Pues es ella, se ufanó, me bastaron dos poemas del sito de tu ex para que cayera. Me quedé de una sola pieza, mientras él, esbozaba una presuntuosa sonrisa. Fue hasta que me di la vuelta y me alejé sin despedirme que alcanzó a balbucear, ¡pero tú eres más chingón poeta! Esa Astoriana me las tenía que pagar; pero primero tenía que desquitarme con alguien más y esa era mi tía. Bajé sin titubear las escaleras, recorrí con mirada de pica pleitos cada habitación, indagué hasta el más recóndito ángulo de la

casa; estaba dispuesto a explotar a la menor provocación. Ingresé por último en la sala. Ahí estaba la bruja. Mi tía al mirarme se sorprendió. ¡¿Y ahora tú, de dónde saliste?! Pareces un fantasma. Y antes de responderle como se lo merecía, ordenó, acércate, te voy a presentar a una vieja amiga. Dudé un instante porque no me pareció ver a nadie más. Te quedas como tonto, dijo y me tomó de la mano, para ponerme frente a una apacible viejecita que estaba hundida en uno de los enormes sillones que tiene mi tía. Señora Leonor, le presento a mi sobrino Marco Aurelio, es el rebelde de la familia, se dice poeta, culminó en tono irónico. Apenas le iba soltar una blasfemia, cuando la viejita abrió sus ojos desmesuradamente y dijo, ¡¿en serio eres poeta, hijo?!, me encanta la poesía, Nervo, Nájera, López Velarde... no sé, son tantos y tan buenos, soy de la consideración de que un buen poema le puede valer la eternidad a cualquiera...Yo no decía nada, sólo veía como se le acumulaba el queso en las comisuras de su boca. Hablaba, hablaba y hablaba, fue algo como hipnótico. De vez en cuando yo asentía o movía negativamente la cabeza, sin ningún motivo aparente. Y así, sin saber cómo, me encontré sentado en la sala, absorbido, embrujado por ese monólogo que desgranaba con mansedumbre la viejita Leonor Rodríguez. Fue hasta que sentí una presión en el brazo, que recuperé la claridad del instante. Era mi primo, que saludó, se despidió y se disculpó con las señoras de forma vertiginosa. Y dirigiéndose a mí, preguntó, ¿nos vamos? Y me jaló. Estos muchachos de ahora, siempre con las prisas, alcancé a oír a la venerable veterana decir en tono risueño. Apenas nos asomamos a la calle, miré el carrito de fierros viejos del Tuerto, parado enfrente de mi casa. Me volteé con rapidez en la dirección contraria y apresuré a Julio César. ¡Muévete, muévete guey! ¿Y ora?, se extrañó. ¡Es que le debo un poema al Tuerto!, le aclaré, mientras

casi, casi trotábamos. Uy, primo a quién no le debes. Voltea con discreción y fíjate, sí está el guey. No se ve nada, sólo su carrito, dijo. Debe estar esperándome adentro de la casa. Por qué no le dices que no lo tienes, que las musas y todas esas chingaderas, las atracaron en la esquina y ya no quiere regresar a Neza, je je je... No digas pendejadas, lo que pasa es que ya me lo pagó y ni siquiera lo he comenzado. Doblamos la esquina con paso más calmado. Julio César me advirtió, a ver si en una de esas no te rompe la madre por moroso, ya ves como se le sueltan las cabras al Tuerto de vez en vez. Gracias por tus buenos augurios, primito. Decidí cambiar de tema. ¿Y tu novia?, ¿la dejaste en tu cuarto?, le pregunté mientras caminábamos aliviados. Uy, la bajé hace como una hora, lo que pasa es que tú estabas bastante apendejado con la plática de la ruquita.

De repente se ponía como ido. Fijaba sus ojos en una dirección y se perdía, tenía que darle dos o tres jalones a las mangas de su camisa, para que me prestara atención. Al principio pensé que era la pura pose de poeta, ya saben, eso de las musas, la ensoñación y demás repertorio, después, ya no. ¿Qué tanto piensas? Le inquirí un día. Estoy ingeniándomelas para hacer cochinadas contigo, dijo en tono serio. Yo me reí y lo reté, a ver, quiero ver, sorpréndeme con tu mente enferma y le paseé mi mano por su entre pierna. Ya verás, ya verás, dijo enigmáticamente. No niego que me guste alguna que otra deliciosa perversión, por eso siempre le di alas. Mi cachondo poeta es de esos que inician bien las batallas, a mil por hora, pero después su energía se va diluyendo por la entropía de su calentura o el caos que azota su cabecita, no sé. Sabe muy bien excitarme, pero no me hace venir, me deja siempre a medio camino, aunque siendo justos, eso es mucho comparándolo con

cinco o seis que conozco, todos pésimos maratonistas y excelentes velocistas, en menos de diez segundos cruzan felices su meta y ¿nosotras?, de espectadoras, nada más falta que les aplaudamos. En fin, en eso reconozco a mi resistente poeta. Su falla radica en sus vuelos poéticos o debiera decir en sus patéticos vuelos. Cuando lo hacíamos, susurraba o decía con voz entonada ciertas frases, que ni venían al caso o si venían, poco contribuían a mi deseo. Alguna vez le dije que debería utilizar su boquita para otra cosa y no para decirme tanta palabrería que ni fu ni fa. Él no se molestó, simplemente bajó la cabeza y comenzó a lengüetear mi sexo. Fue de locura mientras duró su ímpetu, pero en el momento en que me iba venir, alejó sus labios y dijo extrañado, esto no sabe bien. ¡Cómo no!, sí me lavo todos los días, tú me conoces, y le supliqué que continuara. Es que..., balbuceó. ¡Te digo que me sigas comiendo!, y lo atraje hacía mí con violencia. Completó la tarea como niño regañado. Me vine, pero, como que no me supo. Entonces Marco Aurelio, volvió a su estado de hipnosis o como se llame eso, y le pregunté lo mismo de siempre, ¿qué es lo que piensas? Nada, cómo hacerte venir sólo con las palabras, sin la necesidad del cuerpo... Fue por esos episodios, que siempre tuve la certeza de que él era el autor del video. Pero mi atolondrada detective, me informó hoy por la mañana de algo, que echa por tierra mis suposiciones. Según Lourdes, no soy la única espiada en la oficina. Fer, el contador, fue videograbado bañándose en su casa. Nadie lo sabe, únicamente ella y eso porque se la está tirando y en una de esas confesiones que se dicen después de hacer el sexo, le contó. La secuencia la consideró Lourdes bastante irrelevante, pues Fer sólo aparece en su baño enjuagándose, enjabonándose y otra vez, enjuagándose, para finalmente salir en bata. Lourdes, que resultó bastante eficaz, le pidió el video, él no quería al

principio, pero terminó convenciéndolo, con no sé que artimañas, sólo me dijo que las disfrutó como loca. En fin, he visto por la tarde en la privacidad de mi casa ese video. Prácticamente observé lo que me advirtió Lourdes, salvo un detalle: el puerco de Fer, no se enjabona sus partes, ni siquiera se las toca.

Astoriana es muy limpia, eso sí. Es la de mínimo cuatro lavadas de boca diarias, en tanto que yo soy de dos como máximo. Por eso, siempre sus besos me supieron a enjuague bucal, su piel, lucida y pecosilla, a crema cara, y su sexo, sobre todo su sexo, tiene la consistencia suave y pálida, de una papaya hecha madurar a la fuerza, una fruta transgénica que solamente el hambre me hacían saborearla. Siempre me exasperó su exagerada higiene. En los días calurosos de mayo, recuerdo, íbamos a su casa con el pretexto de comer, pero la efectiva intención de Astoriana era bañarse, mientras yo preparaba cualquier bocadillo en la cocina, con minuciosa higiene, of course. Y no era que los días fueran desmedidamente bochornosos, sólo que ella tenía esa costumbre, esa manía, no de la frescura, sino de la limpieza obsesiva y claro, también del orden. Astoriana vive con una tía que nunca he visto, y su casa es un santuario reluciente y silencioso, donde el vuelo de las moscas está vedado y las motas de polvo piden permiso para flotar en la aséptica atmósfera. Al entrar por primera vez evocé al buen Brycewicz quien acotó en algún poema: "Deslumbrantes baldosas que embellecen el reflejo de tus pasos". Por eso no me gustaba ir a su casa, misma razón por la que no la invité a la mía, salvo una ocasión; fue en domingo. Después de mirar impávida en el umbral de la puerta el desastre presente y eterno que tengo en mi cuchitril, Astoriana dijo, eres un verdadero atascado. ¿Y tú qué, muy acá no...?, le respondí. Por eso me gustas

cínico poeta, porque todo te vale, y me plantó un besote. Me excité furiosamente y le comencé a meter mano. Ella atajó, ¡quieto galán!, primero hacemos la limpieza aquí y después nos vamos hacer el amor a un lugar decente, ¿no? Acepté encantado.

Es un cochino, un cochinito encantador, a veces. Lo bueno de él, era que tenía suficiente sensatez para aceptar ciertos hábitos y manías que una tiene, y trataba o fingía cambiar para complacerme. Desafortunadamente, la higiene siempre la mantuvo a su nivel, es decir pésima. Y es que su condición de eterno irresponsable fue fruto de su entorno familiar, de eso estoy seguro. No obstante, siempre repetía lo de Brycewicz, "apenas me asomé por entre la vagina de mi madre, sabía que había llegado al paraíso, pero entonces me dio por vivir y todo se fue a la mierda." Dicha frase no se aplica en el caso de este poetucho, porque si fuera por él nunca hubiera emergido de la panza de su mamá, donde estaba bastante a gusto. Marco Aurelio, es el más chico de todas sus hermanas y hermanos. Sus mapadres, palabreja que inventó inspirado en la igualdad de género y que utiliza para denominar a sus progenitores, emigraron de Oaxaca en condiciones modestas y después de un enorme esfuerzo, compraron su casa en ciudad Neza y se pusieron a tener hijos como conejitos. ¡Ocho hijos, qué horror! En ese tiempo la cosa no estaba tan precaria y todavía se podían dar esos lujos. Su padre, laboró por mucho tiempo dobles turnos para la manutención de su numerosa prole y claro, la jornada de su mamá era triple y hasta cuádruple en la casa. Con inmenso brío lograron sacar adelante a su numerosos conejitos y a todos les dieron estudios. Para no hacerla tanto de emoción, cuando todos pensaron, entre ellas la sensatez, que la fábrica de bollos estaba liquidada, llegó el noveno retoñito: Marco Aurelio. Por eso, supongo que es

feo y chaparro, sus mapadres lo hicieron de las puras sobras y residuos que les dejaron añejas pasiones. Sin embargo, ser el último de la tribu, fue lo mejor que le pudo pasar, era siempre el consentido y ninguna de las privaciones que medianamente tuvieron sus hermanos y hermanas, las padeció Marco Aurelio. Nadie le exigía, nadie le quitaba, nadie le pedía, todo era para él. Pero un día, pasó lo que tenía que pasar y su tiempo de niño mimado se esfumó y sus mapadres, le notificaron el retorno a su pueblo. Tienes veintiocho años y ya nos cansamos de esperar a que te cases, y la verdad, ya tampoco tenemos ilusión de que te recibas de algo, siquiera de barrendero, así que nos vamos al pueblo a pasárnosla más tranquila; tú eres nuestra última responsabilidad y ya nos cansamos de cargar contigo, además, como estás empeinado en ser poeta y dices que no hay universidad que gradué poetas más que la calle y las vivencias, pues te dejamos en la calle. Ésta última advertencia, fue una exageración que le valió a Marco Aurelio un soponcio tremendo en ese momento. Al final, sus padres dividieron su enorme casa en departamentitos y los rentaron. A Marco Aurelio, como último apoyo, le permitieron vivir en dos cuartos de la planta baja, donde, después de pensarlo mucho, decidió asentar su agencia de poemas. Tras una temporada en Oaxaca, sus mapadres regresaron a supervisar como marchaban las cosas por la ciudad y de paso echarle un ojito a su consentido. Tomaron como un milagro la iniciativa que demostró Marco Aurelio por sobrevivir, y decidieron apoyarlo un poco más en su negocio. Te vamos a pagar los recibos de luz y teléfono, pero de dinero contante y sonante, nada. Otra pequeña exageración, siempre que ellos están en Neza, Marco Aurelio vuelve a ser el mismo baquetón y mantenido que de alguna manera no ha dejado de ser, y que debo admitir, también yo he fomentado. Por eso su actual sufrimiento, sus mapadres

tienen tres meses que no se han presentado por estos rumbos; ni falta que les hace, cuando están asoleándose en alguna remota playa de Oaxaca.

Por cierto, fui a buscar esta noche a Marco Aurelio, no estuvo. Afuera de su casa estaba un tipo de apariencia siniestra y mugrosa. Era alto, llevaba una chamarra y una gorrita de beisbolista bastante deshilachadas. Lo bueno que iban conmigo Fer y Lourdes, de lo contrario ni siquiera me hubiera animado a bajar del auto. Cuando tocaba la puerta de Marco Aurelio, aquel tipo se me acercó y murmuró algo que no entendí, porque luego, luego me trepé al automóvil. Fer le metió pata y nos alejamos a toda velocidad. Me alegró no encontrar a ese poetucho, no sé que le iba decir, pedir disculpas definitivamente no, sin embargo me sentía de alguna manera con la obligación de ponerlo al tanto de algunas situaciones que hemos descubierto, con respecto a nuestro pornovideo. Tenemos información de que Fernando y yo, no somos los únicos espiados en la oficina. En los pasillos del palacio municipal, se murmura la proximidad de un escándalo político, que inmiscuye a una alta autoridad de la alcaldía, quien fue videograbado en algún acto impropio. Cuando me lo comunicó Fernando en voz baja y gesto suspicaz, le dije: no inventes Fer, de videocorrupción ya estamos hasta el tope. Y le hice un morosísima lista de los casos que me vinieron a la memoria: en E.U, senador Macley y Lambensky; en Perú, Montesinos y aquí en México, el Senador Jorge Emilio González, mejor conocido como el Niño verde y sobre todo, esa magnífica pieza de corrupción estelarizada por Kurtz, Bejarano y toda su manada de izquierdistas; como ves, partidos políticos de todos sabores y colores, no me extrañaría mirar a otro político infecto, transado a manos llenas. Fer, mantuvo el tono bajo y dijo, no, Astoriana, dicen que esta vez va estar más pesado. Increíble, le pregunté quien lo decía y

con qué pruebas. Él prometió llevarme con un amigo, que nos podía ampliar la información. Lo malo es que la cita es hasta las diez de la noche y en Iztapalapa. Espero que regresemos temprano, tengo tantas ganas de dormir.

No estuvo Astoriana en su casa. Mejor regreso a mis dominios. Camino desganzado y con mi ánimo diluyéndose por cada coladera que cruzo. Pasa de media noche y sólo alguno que otro insomne se asoma a la ventana para espiar mis pisadas, que por lo demás son muy silenciosas. Sólo falta que algún perro me ladre furioso, como a un vil fantasma despistado. No quiero responderle a **Alma en Pena**, hace ratito me envió sus mensajes: DiSCÚLPaM PoR ReSPoNDRT aSTa oRa, PeRo No aTieNDo MiS aSuNToS, aÚN LoS MÁs iMPoRTaNTeS CoMo La LiTeRaTuRa, aNTeS D LaS 12 D La NoCH, SPeRo Ke CoMPReNDaS MiS CoSTuMBReS...PoR oTRo LaDo, a MÍ TaMBiÉN M GuSTaRía VeRT, PeRO PoR eL MoMeNTo No PueDo, eSToY SeGuRa, Ke MÁs aDeLaNT NoS MiRaRMoS CaRa a CaRa...DeBo SuPoNR Ke TieNS DuDaS X MI GuSTo eN PoESía, Yo No La TNGo D TI, aSÍ Ke CoNFio eN Tu TaLeNTo, QiDaT, BSoS ☺. Todo es bastante extraño, **Alma en Pena** me pidió un poema de despedida, de una despedida desesperada e infinita, según sus propias palabras, pero no me dio más referencias, ni yo se las pedí. Por lo regular a mis clientes les pido un poco de información personal, deseos, pesares, amores, en fin, "sus antecedentes sentimentales", como yo les digo. Y dependiendo del caso y las especificaciones que me den, tener los mínimos elementos de inspiración y cumplir con unas buenas líneas.

Hace días, me visitó una señora elegante y guapa. Dijo que deseaba regalarle un lindo poema a su hija que cumpliría quince años dentro de poco. Se había tomado la molestia de llevarme fotos de su niña, sus juguetes, su ropa y hasta un cuadernito con trozos de su caligrafía, que

no eran más que puros rayones. Puso una bolsa negra de plástico sobre mi escritorio y me dijo: Te traje de escondidas un pequeño extracto de su vida, sabes, ella es muy delicada y le disgustaría que sus pertenencias anden de aquí para allá, pero yo creo que la situación lo amerita, la fiesta de sus quince años. Y con inmenso orgullo me mostró la primera foto que extrajo de la bolsa. ¿Verdad que es hermosa? Asentí un poco confuso, era una foto raída y manoseada, que mostraba a un bebé, efectivamente, bello. Después, extrajo una más y una más y una más y de la beldad adolescente que yo esperaba, nada. La cosa se puso más rara cuando comenzó por los juguetes, eran unas piezas grasientas y desarticuladas. Mira esta muñeca, se la compramos en Chiapas, cómo la quiere, por eso la cuida mucho. Sí, debe ser, le respondí mirando a esa muñeca tuerta y de vestidos descosidos. Traigo muchas cosas, estoy seguro que de algo te han de servir, para que te des una idea de cómo es ella y te inspires, quiero el mejor poema, te las dejo para que las contemples en la serenidad de la noche. Y con un gesto serio agregó, te encargo sus cosas por favor, y me extendió la bolsa. Yo asentí, como es mi costumbre, sin hacer mayor comentario. Si la conocieras personalmente, todo esto saldría sobrando, es una criatura hermosísima, te enamorarías de ella al instante. Si está como usted, estoy seguro que sí, pensé, mientras miraba el suave aleteo de sus pestañas y el meneo de sus carnosos labios que hacían de su voz una caricia. Es una lástima que a mi hija no le gusté salir mucho de casa, de cualquier forma, esta es una sorpresa y es mejor así, porque sino estoy segura que le dedicas un libro completo de poemas. Tanto, bla, bla, bla sobre la belleza de su hija, hizo que me animará a preguntarle. ¡Oiga!, ¿no tendrá una foto más reciente?, digo, al menos de la salida del Kinder ¿no? La bella señora transfiguró vertiginosamente su expresión; se

le nubló el resplandor de sus ojos y apareció la obscura aureola de sus ojeras. Como si aquella alegre parloteo no fuera más que una máscara, que se deshilachó con mi pregunta y así mostrar su verdadero rostro, un rostro de gran tristeza. Al ver esa metamorfosis le dije, pensándolo bien, creo que con estas fotos me la puedo imaginar más crecida. Y de pronto su hermosa fisonomía volvió a florecer desde las cenizas de las imperceptibles arrugas. Bueno, me marchó, mi esposo espera afuera, supongo que necesita un adelanto. Y me estiró dos monedas de a cinco pesos. Por lo asombrado que estaba, no le aclaré mis tarifas. La acompañé a la calle y efectivamente, un hombre con un aspecto agradable, esperaba recargado de su auto. Se despidió de mano la hermosa señora, que nunca me dijo su nombre, ni la fecha para su pedido, ni el nombre de la festejada, ni yo le quise preguntar, porque eso ya más bien me olía a casa de la risa. El tipo aquel le dijo ¿listo?, le dio un beso y le abrió la puertezuela del auto, y antes de subirse me cerró un ojo. Volví a mi oficina e inspeccioné el contenido de la bolsa con más detenimiento. El pequeño fardo de fotos, daba testimonio del crecimiento de la niña y la mostraban en distintas situaciones, navidad, la playa, etc. La última foto era de su cumpleaños número tres. Vestida de princesita y a lado de su pastel, veía feliz a la cámara. Las páginas interiores del cuadernillo estaban saturadas de rayones y dibujos, que supuse, eran de la niña. Metí nuevamente toda aquella colección de recuerdos en la bolsa, la puse en algún rincón y lo olvidé. Hasta esta noche, que regreso a mi casa y voy recordando mientras doblo la esquina de mi calle. La señorona no ha vuelto, no dudo, que con la suerte que traigo últimamente, uno de estos días se me aparezca a reclamarme su dichoso poema y las pertenencias de su hijita. Todo esto lo pienso, en tanto, reduzco mi paso,

estiro el cuello y aguzo mejor mi mirada, no sea que el Tuerto me esté esperando frente a la casa.

¡Ese Tuertito es todo un caso! La otra noche, lo encontré parado en la avenida Chimalhuacán, estirando el cuello por cada autobús que pasaba. ¡Entons qué, mi Tuertito! ¿Qué haciendo?, le pregunté. Aquí nomás, esperando a que llegue el día, respondió como si nada. ¡Y no el cabrón lo esperó hasta que llegó! Se fue apenas los rayos del sol trasponían las cimas nevadas del Iztlacihuatl y comenzaban a entibiar a la ciudad. Me lo contó doña Chuy, que a esa hora va por la leche. Les digo, es un caso. Así que habrá de andarse con pies de plomo con este cuate, que ya demostró que por paciencia no queda. Felizmente no está, según puedo ver. Me acerco con confianza a mí puerta. Y antes de girar la llave en la cerradura, escucho a mi espalda, un chst, chst...Un cosquilleo recorre mi nuca, no quiero voltear en medio de esta soledad...

Marco Aurelio es un miedoso de primera, no miento. Lo demostró un domingo que fuimos al tianguis de San Juan a comer mariscos. Aunque lo disimuló con cierto elegante cinismo. Caminábamos por la avenida Texcoco, las aglomeraciones de gente son normales; en una de esas, quisimos evadir una muchedumbre que compraban ropa de ganga. De manera accidental empujé a un hombre, que debido a mi contacto tiró una moneda. Aquel tipo, que por su apariencia debía ser un pordiosero, protestó dirigiéndose a Marco Aurelio, que ni culpa tenía y que venía detrás de mí, ¡cómo eres torpe! y lo miró con odio. Mi poeta, se quedó perplejo; y después de unos instantes, reaccionó esbozando una sonrisilla que quiso ser irónica y más bien le salió nerviosa. Siguió de frente sin prestarle más atención al individuo. Me tomó de la mano y me dijo a media voz, hay que tener clase hasta para liarse a golpes, quizá, alguien

de mejor ralea y más riqueza que una mísera monedita, valga mi sangre. Yo lo jalé y apresuré el paso, no fuera que aquel bruto lo escuchara.

Y es que dudo que Marco Aurelio se hubiera atrevido ir al "Hoyo", conocida colonia de Iztapalapa, famosa por ser un nido de ratas, traficantes, golpeadores y asesinos. Nosotras no sabíamos que Fer tenía su amigo ahí. Cuando Lourdes supo hacía donde nos dirigíamos, se puso como histérica, se negaba a ir. No creía en la promesa de Fer de que no nos iba suceder nada, que su amigo era pariente o cuñado o no sé, de uno de los maleantes más respetados de la colonia. Por supuesto que me puse nerviosa; conozco a algunas personas que han sido desvalijadas allí y a sus alrededores. Le pregunté a Fer en el tono más sereno que me salió en ese momento, qué si la información de su tal amigo en verdad, valía el riesgo. ¿Crees que a mí no me molesta que todo mundo vea mis miserias? ¡Claro que vale la pena! Aclarado el punto, le dije que se orillara para que se bajara Lourdes, que no valía una compañía en esas condiciones. Lourdes por más que disimuló su miedo, no pudo convencernos de que estaba mejor y la dejamos en una estación del metro. El famoso barrio está edificado sobre una gran depresión de terreno, en el centro de un cerro que fue mina, de allí el sobrenombre. Mientras nos acercábamos, el camino caía en declive y el número de los postes de luz iban disminuyendo o de plano sus focos estaban tronados. La avenida fue haciéndose una brecha oscura que sólo los faros del coche iluminaban. Cuando entramos al Hoyo sentí que un sin número de miradas nos acecharon, desde las esquinas grafiteadas y las ventanas de los edificios a media luz. Muchas bolitas de vagos rondaban y veían nuestro coche con cara de pocos amigos. Afortunadamente, el conocido de Fer vive cerca de la entrada del Hoyo y pronto nos estacionamos. Un chavo se acercó y saludó con camarería a

Fer. En ese momento, nos convertimos en parte del paisaje, porque ya no nos prestaron mayor atención. Subimos al edificio. Al entrar al departamento, un tipo de unos cuarenta años nos recibió con un comentario. ¿Qué tal el viajecito?, tranquilo, ¿no? Fer y yo sonreímos nerviosos. Nos acomodamos en la sala y sin mediar mayor comentario puso un video en su televisión y comenzaron las más estrambóticas escenas que he visto en mi vida.

Como de película chafa, diría Astoriana. Al escuchar los cuchicheos, viré el cuerpo con la seguridad que caracterizan mis movimientos y miré cómo con una sombra, alta y pesada, emergía del encino viejo que se curva frente a la casa. Apenas distinguí la gorrita y la chamarra larga, mis tripas me traicionaron y se revolviéron, haciendo un ruido extraño. ¿Qué onda, mi Tuertito?, lo saludé. Me miró o mejor dicho me medio miró, y sin mayor preámbulo preguntó: ¿Y mi poema? Lo dijo con un tono seco y amenazante. Esteeee...no se me ocurría nada, ya había fatigado todo mi catálogo de pretextos posibles...esteee...el trozo de su mirada bastó para provocarme un temor, un temor tremendo mientras se me acercaba con pasos firmes...esteee...sus manos clavadas en las bolsas de su chamarra y la inmensa luna iluminándole el rostro ajado y descompuesto...esteee...este cabrón debería estar en la casa de la risa, pensé de plano, cuando lo tenía a un palmo de mí y pude notar que hacía un esfuerzo contenido por sacar algo de sus bolsas...esteee...de pronto el milagro sucedió y mi pensamiento se iluminó. Desenfundé como de rayo el bolígrafo y mi cuadernito de notas y garrapateé vertiginosamente:

La luna se abre en los jardines del
manicomio.

algún enfermo suspira,
la mano en el bolsillo desnudo.
La luna pide tormento
Y pide sangre a los internos:
 He visto a un enfermo
 morir desangrando
 bajo la luna encendida.

Arranqué la hoja y se la extendí. El Tuerto con grandes esfuerzos comenzó a descifrarla acercándola a su único ojo. Se tardó un poco y por fin alzó la frente para volver a sumergirla en esa hojita arrugada. Esta vez tardó un poco más y por fin, alzó el rostro y como si paladeara cada palabra, las repitió a media voz. Me miró con un semblante confuso o lo supuse así. Volvió a encajar una mano en la bolsa de su chamarra y extrajo el puño cerrado, lo abrió. Su pringosa palma sostenía un pedazo de pan y un lápiz pequeñito. Los dejó caer. Me miró y se dio la vuelta, se escurrió entre las sombras que provocaba la inmensa luna. Respiré aliviado. La serenidad me duró poco. Apenas me envolví en la colcha, el pesar comenzó a roer mis entrañas. La luna se deshilachaba a través de la ventana y de la jaula vacía de mis periquitos, iluminando apenas mis pies. El silencio corroía mis oídos y yo me revolvía en la cama, perturbado. Pensé en mi fracaso como poeta, en el poema del Tuerto, en todos esos poemas pendientes que tenía que entregar y no podía escribir, en mi declive económico, en mi Astoriana... Astoriana, Astorianita, Astorita de mis últimos suspiros... ¿Y mis periquitos?!

Marco Aurelio es un completo despistado en esas cuestiones y otras tantas. Se le van a la primera. Recuerdo que le decía, obsérvalos bien y dime que de extraño les detectas. Él por más esfuerzos que hacía, concluía diciendo, yo no

les veo nada de raro. Vamos, obsérvalos bien, ¡esfuérate por un carajo! Él volvía a posar sus ojos sobre aquel grupito de hombres, pero terminaba por rendirse. Me doy, decía sin mucho interés. ¡El de pantalón gris!, amor, es el de pantalón gris. No te lo creo, respondía con incredulidad.

Me basta ver un ligero mohín o una frase o algo, no sé qué, para descubrir al homosexual más escondido del closet, soy muy eficaz para descubrirlos. Por eso, me vieron como a un bicho raro, cuando empecé a carcajearme como loca y de repente quedarme muda, observando en el dichoso video a esos cuerpos gordos y fofos, tener sexo. Sin que ello me significara nada. Y es que las escenas mi hicieron recordar a mi despistado poeta y no pude evitar suspirar. ¿Y ahora? ¿Qué te pasa?, dijo Fer, asombrado. Nada, me acordé de alguien. Por lo que estamos viendo, debe ser medio puñal, ¿no? Hasta eso que no, medio atolondrado, pero bastante hombrecito. El amigo de Fer que seguía nuestra conversación, nos miró un poco sacado de onda y dijo, yo les muestro el video del siglo en Neza y ustedes quién sabe de quien hablan. Claro, el dichoso video. Era como una película pornográfica gay de ínfima categoría. De una involuntaria y patética comicidad. La podríamos titular: Los tres cochinitos están en la cama. Los protagonistas dejaban mucho que desear, tres hombres maduros, torpes y medio borrachos. Por supuesto que no la voy a describir más que como un trío de gays haciendo el trencito, uno tras de otro, encajándose cariño. ¿Lo relevante? Aparecía el actual presidente municipal de Nezahualcóyotl. Era la locomotora que conducía ese enloquecido convoy y por cada acometida que le propinaba su primer vagón, un hombre de cabello rizado y panza chelera, gritaba ¡ajua!